

EL DÍA

Argentina: la "chirinada"

del otro Menéndez

por Renato PICCHIA

BUENOS AIRES. En 1951, antes de que feneciera el primer período presidencial del general Juan D. Perón, hubo un alzamiento en el acontecimiento militar de Campo de Mayo, que duró muy escasas horas. Perón, que sabía mucha historia militar, dio al frustrado cuartelazo un nombre que para la inmensa mayoría de los argentinos carecía de significado: la denominó "chirinada".

Sólo mucho después se llegó a saber que ese nombre procedía de un sargento apellidado Chirinos, que en la década de 1870 pretendió alzarse en armas contra el gobierno, reclutando algunos peones en los campos de Chascomús. A los pocos días de darles alguna instrucción y enseñarles a disparar carabinas, emprendió la marcha hacia Buenos Aires. Como no pasaban de 25 en total, al llegar a Chascomús el comisario del pueblo le preguntó qué se proponía hacer con esa tropa, a lo que Chirinos contestó, más o menos: "Sacar al gobierno". El caso terminó con el comisario corriendo a tiros a las huestes de Chirinos, que en menos de diez minutos se desbandaron.

EL "VIEJO" GENERAL MENEDEZ

El autor de la "chirinada" de 1951 era el general Benjamín Menéndez, un militar retirado, fanático católico, ultraderechista y puritano hasta extremos patológicos. Tenía dos enfermedades más, muy conocidas para sus amistades: la de atribuir todos los males de Argentina a la corrupción desatada por la ansiedad del dinero, a su juicio tipificada por los judíos, por una parte, y por la otra, la de no querer morir sin llegar a ser presidente de la nación.

Fracasó en 1951, pero uno de los que estuvo complicado en aquella frustración, el general Eduardo Leonardi, iba a triunfar en septiembre de 1955 atribuyendo a su movimiento los mismos fundamentos moralizantes y religiosos que inspiraron a Menéndez en su "chirinada". Sus mentores y sostenedores se reclutaron entre el más selecto y grande del integrista. Nadie, más que los imitadores de Leonardi, pero las connotaciones derechistas y falangistas de sus principales colaboradores las utilizó el general Pedro Eugenio Aramburu para desalojarlo del mando apenas semanas después. La llamada "Revolución Libertadora" pasó, según un observador Mordaz, de las sacristías y catacumbas, a los templos masónicos.

Exceso de simplificación en ambos casos, lo real en esta historia es que el "viejo" Menéndez debió esperar hasta la presidencia de Arturo Fidel Frondizi para tentar otra vez fortuna presidencialista. Bordeaba ya los 90 años edad, pero era fuerte como un roble y fanático y ambicioso como siempre. En los enfrentamientos de los años 1960 a 1963 entre las facciones militares autoidentificadas como "Azules" y "Colorados", Menéndez estuvo finalmente con la mezcla de ambos, "Violeta", que tomó en préstamo las peores características gorilas de los dos, con el pretexto de que superaba sus antinomias. Su última oportunidad se perdió con la derrota de los "colorados" en abril de 1963, cuando el por entonces comandante en jefe Juan Carlos Onganía venció simultáneamente al sector del Ejército alzado y al aliado de este último, la Marina.

Ese mismo año se hacía cargo de la presidencia constitucional, previa mediatización del peronismo, el doctor Arturo U. Illia, quien sería derrocado en junio de 1966 por otra conjura militar que entregaba el poder al mismo Onganía que tres años antes, con una actitud presumiblemente respetuosa de la voluntad mayoritaria del país, había hecho posible el ascenso de Illia.

EL "JOVEN" MENEDEZ

Suele decirse que el "viejo" Menéndez no debió esforzarse demasiado para contagiar a su hijo de sus mismas aperturas políticas. La carrera militar, una de las vías más obvias de conquistas del poder en la Argentina desde el afortunado cuartelazo del 6 de septiembre de 1930, encontró en el joven Luciano Benjamín Menéndez un elemento proclive a las mismas inclinaciones tipificadas por el historial levantisco y ambicioso de su padre.

Educado en las mismas tradiciones de puritanismo moralizador que repara en los latrocinios y enriquecimiento rápido de los capitanes de industria de apellidos "difíciles de pronunciar", pero no hace ascos a los gigantes robos que el sistema consiente a los apellidos "tradicionales" del tipo de Martínez de Hoz, se entiende que los Menéndez hayan encontrado más fácil culpar a los Gelbard, Graiver y Timerman por los desastres de la economía y sus supuestas influencias sobre la "generalizada corrupción", que detenerse a analizar que aquellos tres chivos expiatorios eran apenas puntas de un inmenso iceberg en el que los apellidos fáciles de pronunciar, incluyendo a los de la oligarquía "con olor a bota, según la gráfica descripción de Arturo Jauretche, son abrumadora mayoría.

Aprovisionado con la metódica lectura de la ultraantisemita publicación *Cabildo*, el sector de Menéndez, al que pertenecen otros altos jefes y oficiales que a último momento defecionaron, hizo del Tercer Cuerpo del Ejército el bastión de la resistencia a toda tentativa de liberación del régimen de Videla. Su frustrado levantamiento con epicentro en la localidad cordobesa de Jesús María —valga la confirmación del símbolo religioso— se nutrió de tres o cuatro afirmaciones, que *La Nación* puso en boca de uno de sus oficiales, no identificado:

"Pase lo que pase, sepan que Menéndez fue uno de los hombres más íntegros de este proceso y uno de los más valientes del Ejército argentino. Fue quien se opuso a la liberación de Timerman, el que dijo no al atentado contra el secretario Klein, el que dijo no a la corrupción".

El oficial de marras omitió que también dijo que no a la presencia de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, no a las medidas de normalización de las actividades sindicales, no al proceso de retorno a ciertas normas constitucionales y no a muchos otros registros de la inculcable tendencia del país a recuperar el manejo de la cosa pública, incluyendo la muy denostada actividad política y los más elementales derechos, típicos de la democracia burguesa de los que se ufana la Argentina hasta que los militares —y los civiles con ellos asociados— se convencieron de que era la más peligrosa vía hacia el comunismo, según ellos pueden entenderlo.

Pero, Perón conocía también mucho a sus camaradas militares, solía bromear con los golpes cuarteleros para los que se comprometían 500, al momento de la verdad se presentaban cinco. No puede concebirse que alguien como Menéndez se haya lanzado a la aventura con lo que conmovió al país en las últimas horas de este proceloso fin de septiembre —como siempre el mes predilecto de las cuarteladas— llevando tras de sí unos míseros efectivos: 800 soldados, sumando a jefes y oficiales. Si creyó que con eso bastaba, aparece como un mal calculista, lo cual en un militar equivale a ser un pésimo estratega. Si confió en un respaldo mucho mayor y decisivo, volvió a demostrar que los militares argentinos más rabiosamente "nacionalistas" siguen padeciendo del incurable mal de los que confunden sus deseos con la realidad.

Perón llamaba a esos "nacionalistas", militares o civiles, "piantavotos", es decir los ahuyentadores de adhesiones populares. Perón los comprobó en carne propia cuando por un olvido de su propia perspicacia, aceptó por componenda en 1973 que el candidato a senador por la capital federal fuese Marcelo Sánchez Sorondo, uno de los más célebres ultraderechistas de la capilla de los Menéndez: perdió Sánchez Sorondo, porque ni los peronistas, que votaban a rajatabla lo que el Partido ordenaba en este caso hicieron una excepción y votaron a un demente radical.

Entre las reflexiones amargas que sobrevienen frente a casos como éste, figura el contraste natural que emerge de algún adolescente fusilado junto al muro donde osó escribir con tiza alguna consigna contra el régimen, y este jefe militar que se permite el lujo de poner en riesgo la vida de millares de soldados conscriptos, sin que se le toque un pelo, permitiéndose ir y venir, entrevistarse con el comandante en jefe y recluírse en una confortable prisión hogareña por 90 días, por todo castigo. Es otra muestra más de la diferencia de trato entre la familia castrense. Si lo hubiera hecho un civil, ya estaría entre los "ausentes para siempre".

▷ Argentina

Detienen a 7 dirigentes sindicales

BUENOS AIRES, 7 de octubre (AFP y EFE). — El ex presidente Héctor Cámpora sufre efectivamente de cáncer, señaló hoy aquí una fuente fidedigna. En tanto, en Tucumán, se conoció la detención de siete dirigentes sindicales.

El tumor, detectado en los primeros días de septiembre, y considerado por su médico como una posible metástasis de cáncer, tiene carácter maligno, aseguró la fuente.

Esta confirmación podría crear mayores complicaciones a nivel de gobierno. El 27 de septiembre, un militar de alto rango reveló que el gobierno había decidido conceder el salvoconducto a Cámpora.

Sin embargo, esta medida sería resistida por los sectores militares "duros", quienes califican a Cámpora — como calificaron al empresario periodístico Jacobo Timerman, finalmente expulsado del país — como principal responsable de la "infiltración subversiva".

Mantener la negativa de dar salvoconducto al ex presidente de Argentina, también podría deteriorar las relaciones de la junta militar con el gobierno de México. El embajador de este país aquí, José Lara Villarreal, se entrevistó tres veces en las dos últimas semanas con el presidente Videla, para plantear el caso de Cámpora.

En la ciudad de Tucumán, al norte del país, hoy se informó que siete líderes de los conductores de camiones de pasajeros, fueron detenidos por realizar una marcha en demanda de aumentos salariales.